

Grupos armados y conflictos intraestatales: ¿El inicio de una nueva era?

Arnaud Blin*

Arnaud Blin es investigador en el Instituto Francés de Análisis Estratégico y coordinador del Foro por una nueva Gobernanza Mundial.

Resumen

Los profundos cambios que han afectado al mundo y, en particular, su dimensión geoestratégica desde el final de la Guerra Fría, ¿han modificado radicalmente la índole de los conflictos? Veinte años después del colapso de la Unión Soviética y diez años después de la destrucción de las torres gemelas en Nueva York, existe, al parecer, un cierto nivel de continuidad en la resiliencia de los anteriores centros de conflictos no resueltos y de los grupos armados que participan en ellos. Sin embargo, si bien la mayoría de los conflictos armados contemporáneos pueden clasificarse como “intraestatales”, el contexto general ha cambiado tanto que ahora se habla del fenómeno de las “nuevas guerras”. La existencia de desequilibrios económicos y políticos cada vez más inaceptables, la mundialización, los daños al medio ambiente y sus consecuencias, y la emergencia de conflictos en gran escala provocados por el crimen organizado son algunos de los peligros que ya afectan la índole de los conflictos de hoy o que pueden definir los del futuro. A medida que toca a su fin el período dominado

* Arnaud Blin es autor de varias obras sobre la historia de los conflictos, entre las que figuran *Histoire du terrorisme: De l'Antiquité à Al Qaeda*, con Gérard Chaliand, Bayard, París, 2004/2006 (*The History of Terrorism: From Antiquity to Al Qaeda*, University of California Press, Berkeley, CA, 2007) y *La Paix de Westphalie*, Éditions Complexe, Bruselas, 2006.

por los grupos yihadistas con vocación universal, la tendencia actual parece orientarse hacia el surgimiento de una nueva generación de combatientes guerrilleros que pueden beneficiarse particularmente de la erosión del Estado nación y de las convulsiones geopolíticas engendradas por el legado poscolonial, como punto de partida de acciones de largo plazo llevadas a cabo con intenso fervor y enorme violencia. El impacto de la mundialización podría dar lugar a la agudización de algunos conflictos existentes cuyo ámbito está actualmente acotado, mientras la comunidad internacional se esfuerza por redefinir las normas y adaptarlas a la nueva dialéctica de la guerra y la paz.

Si se desea conocer la verdad profunda acerca de la guerra, se ha de comprender que sigue las leyes del arco y la flecha. La flecha es el soldado, el arco es el general y la persona que dispara es el soberano¹.

(Sun Bin)

Paz: En política internacional, una época de engaño entre dos épocas de lucha².
(Ambrose Bierce)

¿Hacia nuevas guerras?

No siempre se puede afirmar que la guerra es un vector del cambio social; por el contrario, el cambio social es indudablemente una fuerza que cambia la forma de hacer la guerra. Independientemente de que el cambio social sea político, geopolítico, económico, social, intelectual, espiritual o industrial, el efecto inmediato de cada ruptura con el pasado, o de cada revolución, es cambiar la índole de la guerra, modificar nuestra actitud hacia ella y transformar la inextricable y compleja relación entre la acción política y la militar. Como corolario, se nos revela el nuevo rostro de la guerra: en otras palabras, el rostro de quienes participan activamente en las hostilidades, sean ejércitos regulares o irregulares, que luchan con fiereza para alcanzar poder, reconocimiento y legitimidad política. Por lo general, cada una de esas rupturas con el pasado o revoluciones es alimentada por la esperanza de que el nuevo período sea testigo de una reducción clara, o incluso definitiva, del número de conflictos. Pero, en la mayoría de los casos, lamentablemente el número de conflictos no sólo no disminuye sino que, con gran frecuencia, esos conflictos anuncian una nueva etapa en la “progresión” de la violencia, introduciendo formas de violencia que cayeron en la obsolescencia hace tiempo o que anteriormente no se conocían.

En este artículo, intentaremos bosquejar las principales tendencias del

- 1 Sun Bin, *The Art of War* (siglo IV a.C.), traducción al inglés de la cita que figura en francés en *Economica*, París, 1996, capítulo X, p. 41. [Trad. al español del CICR]
- 2 Ambrose Bierce, “Diccionario del Diablo”, Jorge Álvarez Editor, Buenos Aires, 1965, p. 101. El periodista satírico estadounidense Ambrose Bierce (1842–1914) gozó de amplia popularidad en su época. Su experiencia personal en la Guerra de Secesión estadounidense lo afectó profundamente. Durante la Revolución mexicana, desapareció sin dejar rastro.

cambio geoestratégico que se viene desplegando frente a nuestros ojos desde hace veinte años y presentar un retrato de los nuevos actores. Es difícil aprehender este cambio: un solo episodio no le confiere carácter consuetudinario; la ruptura con el período precedente, el de la Guerra Fría, no fue ratificada por una importante conferencia de paz ni por tratados encaminados a reestructurar el mundo y establecer nuevas condiciones para la guerra y la paz. No hubo una Paz de Westfalia, un Congreso de Viena, un Tratado de Versalles ni una Conferencia de Yalta. Pese a la ausencia de acuerdos formales, de una gran conferencia de paz y de un intento por establecer un nuevo orden mundial, la metamorfosis es, de todas maneras, impresionante, especialmente en lo que respecta a la guerra y a quienes la hacen.

Esta transformación de los métodos de la violencia organizada constituirá el *leitmotiv* del presente estudio, en el cual nos concentraremos primeramente en los conflictos más generalizados y sanguinarios del período, los conflictos intraestatales (conflictos que se desarrollan dentro de un mismo Estado, no entre dos o más Estados), librados por grupos armados irregulares; esos conflictos hoy constituyen el núcleo de guerras que, a veces, son difíciles de clasificar como nuevos tipos de conflicto o, alternativamente, como desmoronamientos de fachadas. Sin embargo, eso es lo que intentaremos hacer. Además, la erosión del Estado nación —o, al menos, de su omnipotencia en el control de la violencia organizada, sobre la cual ha ejercido, hasta hace poco, un monopolio— es una tendencia susceptible de aumentar, con consecuencias que aún no es posible vislumbrar y efectos que todavía no se pueden medir.

La declinación mundial del Estado-nación, un fenómeno de largo plazo cuyas consecuencias en el corto plazo no deben exagerarse, puede vincularse con el repentino colapso de algunos aparatos de Estado cuya desintegración tiene repercusiones rápidas y violentas más allá de las fronteras de los países en cuestión. Es evidente que algunos países que están en caída libre necesitarán una ayuda consistente de la comunidad internacional para reparar las estructuras estatales colapsadas o que atraviesan graves dificultades. Recordemos que las crisis que estallaron en los Balcanes a raíz de la desintegración del imperio otomano condujeron a la Primera Guerra Mundial, y que la pesada herencia de las eras coloniales de Occidente y de la Unión Soviética (como así también del poscolonialismo) está causando unas sacudidas similares a las que estremecieron a los imperios otomano, ruso y austríaco antes de la Gran Guerra.

En palabras de Clausewitz, la guerra es un camaleón³. Cambia y se adapta

3 Con respecto a esta cuestión, el lector puede remitirse al estudio de Raymond Aron, quien nos dice: “Pensar sobre las guerras contemporáneas como lo hacía Clausewitz no consiste en emplear, de manera mecánica, los conceptos aplicables a los oficiales prusianos, sino en seguir un método con fidelidad. Como la guerra es un camaleón en ambos sentidos de la palabra, puesto que cambia de una situación a otra y es compleja en todas, la tarea primordial de un estadista es determinar la verdadera naturaleza de la guerra que tiene la responsabilidad de comprender o conducir”. V. Raymond Aron, *Penser la guerre: Clausewitz, Tome II, l'âge planétaire*, Gallimard, París, 1976, p. 185 (*Clausewitz: Philosopher of War*, Londres, Routledge, 1983) [traducción del CICR]. Con respecto a las guerras del siglo XXI, cabe recordar además que Clausewitz era inicialmente un teórico de la “guerra en pequeña escala” o guerrilla, que se inspiró en el ejemplo de España, antes de transformarse en filósofo de la guerra.

continuamente. Por ello, es natural que cambie el estilo de la guerra⁴. Mientras que el siglo XX fue testigo de la llegada de la mecanización y, más tarde, de las armas nucleares, que al principio reforzaron y luego, por una paradoja estratégica, eliminaron la violencia paroxística, el fenómeno más llamativo del siglo XXI es la asimetría entre la guerra librada con tecnología de punta y las nuevas formas de la violencia organizada, que, de manera indirecta, erradican el impacto de las armas más sofisticadas⁵. El fenómeno conocido como “guerras nuevas” también trae consigo la erosión de todos los parámetros tradicionales de la guerra que distinguen entre actores legítimos e ilegítimos, Estados y protagonistas privados, soldados y civiles, guerras intra e interestatales, y objetivos políticos y de lucro. Mary Kaldor presenta una concisa definición de las guerras nuevas:

Mi argumento principal es que, durante las últimas décadas del siglo XX, se desarrolló un nuevo tipo de violencia organizada, especialmente en África y Europa oriental, que constituye un aspecto de la actual era globalizada. Describo este tipo de violencia como “guerra nueva”. Empleo el término “nueva” para distinguir estas guerras de las percepciones prevalecientes de la guerra, que provienen de una era anterior... Utilizo el término “guerra” para subrayar la naturaleza política de este tipo de violencia, aunque... las guerras nuevas se caracterizan por la difuminación de la distinción entre la guerra (comúnmente definida como la violencia entre Estados o entre grupos políticamente organizados, ejercida por motivos políticos), el crimen organizado (la violencia de los grupos organizados privadamente, ejercida por motivos privados usualmente relacionados con los beneficios económicos), y las violaciones masivas de los derechos humanos (actos de violencia realizados contra particulares por los Estados o por grupos políticamente organizados)⁶.

- 4 Véase la obra fundamental de Martin Van Creveld, *The Transformation of War*, Nueva York, Free Press, 1991; y el sorprendente análisis de Roger Caillois, *Bellone ou la pente de la guerre*, Fata Morgana, Fontfroide-le-Haut, 1994. Aunque concebida por un autor multifacético y, como tal, no especializado, ésta es una de las obras más incisivas jamás escritas sobre la evolución de la guerra.
- 5 Nada ilustra mejor este fenómeno que la guerra en Afganistán, donde una superpotencia con las armas más avanzadas se enfrenta con soldados de a pie que pelean de un modo (casi) medieval. Obviamente, la asimetría queda trastocada cuando los soldados de a pie se muestran capaces de destruir un helicóptero de avanzada con un sencillo lanzacohetes. No obstante, a menudo se presentan factores más políticos que estratégicos que, al menos a nivel operacional, anulan la superioridad puramente militar y tecnológica con las limitaciones impuestas a los ejércitos regulares, sobre todo cuando los enfrentamientos tienen lugar en países distantes del propio. V. en particular, sobre todo con respecto a las consecuencias humanitarias, Robin Geiss, “Las estructuras de los conflictos asimétricos”, en *International Review of the Red Cross*, n.º 864, diciembre de 2006; Toni Pfanner, “La guerra asimétrica desde la perspectiva de la acción y el derecho humanitarios”, en *International Review of the Red Cross*, n.º 857, marzo de 2005.
- 6 Mary Kaldor, *New and Old Wars: Organized Violence in a Global Era*, Polity Press, Cambridge, 2006, pp. 1–2. V. también Herfried Münkler, *The New Wars*, Polity Press, Cambridge, 2005. Otros autores se refieren a la guerra “posmoderna” aunque, en términos conceptuales, las ideas que se presentan son muy similares a las relacionadas con las guerras nuevas. V., por ejemplo, Victor Davis Hanson, “Postmodern war”, en *City Journal*, invierno de 2005. Con respecto a la transformación de la guerra en el siglo XXI, Laurent Murawiec ofrece, sin entrar en debates semánticos, un análisis de los conflictos basados en las ideas desarrolladas en el contexto de la revolución en el ámbito militar: *La Guerre au XXIe siècle*, Odile Jacob, París, 2000. Para un análisis incisivo de las causas y consecuencias de la reorientación estratégica, v. el ensayo de Gérard Chaliand, *Le nouvel art de la guerre*, Hachette, París, 2009.

¿Qué es lo que hace que estas guerras sean realmente “nuevas”? El ámbito del debate es muy amplio. Podría argumentarse que esas guerras son el fruto de todos los diversos fenómenos que conforman el mundo de hoy, empezando por los que se relacionan, en forma estrecha o distante, con la globalización⁷, la cual, como señala el filósofo Edgar Morin, meramente “sostiene su propia crisis. Su dinamismo engendra múltiples y distintas crisis a escala planetaria”⁸. A *contrario*, esas guerras nuevas también forman parte, en cierto modo, de la constante evolución de la guerra de guerrillas nacida en el decenio de 1960, de los conflictos de baja intensidad en el período posterior a la guerra de Corea, y de la revolución en el ámbito militar proclamada durante los últimos años del siglo XX en Estados Unidos y motorizada por el Pentágono, que puso de relieve las nuevas tecnologías de las fuerzas armadas y sus sistemas de comunicación, información y organización.

Sobre todo, el fenómeno de las guerras nuevas evoca los grandes conflictos que se desarrollaban en la Europa anterior a la Paz de Westfalia, particularmente los relacionados con la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), cuando la apasionada violencia de las guerras de religión se entretrejía con las luchas de poder entre facciones y Estados rivales. Al releer la gran novela picaresca del período, el *Simplicius Simplicissimus* de Grimmelshausen⁹, observamos que los ciclos de la guerra a menudo nos hacen revivir las mismas situaciones y los mismos horrores. Si bien la situación actual podría despertar la memoria europea del siglo XVII, puede hacerlo también porque la conclusión de la Guerra Fría puso punto final a un sistema de gestión de conflictos establecido a finales de la Guerra de los Treinta Años y al cual Europa —y después el mundo— se adhirió, para bien o para mal, durante 350 años.

En cierto modo, se ha cerrado el círculo: el sistema de Westfalia no ha sido capaz de prevenir las principales conflagraciones del siglo XX ni la desintegración de Europa, la zona que supuestamente debía proteger. Por ende, el surgimiento de las “guerras nuevas”, cualquiera sea su originalidad histórica, es consecuencia directa de la inexistencia de un sistema de gobernanza mundial capaz de garantizar la estabilidad y la seguridad de todo el planeta. No obstante, si alguna lección hay que aprender de la Guerra de los Treinta Años es que, sin mecanismos de paz eficaces, los conflictos localizados y violentos como los que hoy se observan pueden propagarse con gran rapidez a otras zonas y arrastrar a regiones enteras a una espiral descendente. En el presente artículo se verá, a partir de lo que se observa en el mundo contemporáneo, si esa amenaza es real, aunque somos plenamente conscientes de que nuestra capacidad de prever las grandes turbulencias del futuro es sistemáticamente desmentida por acontecimientos imprevistos.

Si no en la práctica, al menos en teoría, el fenómeno de las “guerras

7 Sin embargo, véanse las advertencias de Sadowski acerca de la relación entre la globalización y la guerra en el período que siguió a la Guerra Fría: Yahia Sadowski, *The Myth of Global Chaos*, Brookings Institution, Washington, DC, 1998.

8 Edgar Morin, *La Voie*, Fayard, París, 2011, p. 21.

9 Hans Jakob Cristoffel von Grimmelshausen, *Der Abenteuerliche Simplicissimus Teutsch*, publicado por primera vez en 1669. Esta obra fue traducida varias veces en Francia y en el Reino Unido bajo el título de *Les aventures de Simplicius Simplicissimus/The adventures of Simplicius Simplicissimus*.

nuevas” impugna la validez de la tipología tradicional de los conflictos, que trazaba una clara línea de distinción entre la guerra convencional y la guerra irregular, con un amplio abanico de conflictos que abarcaban desde la guerra de guerrillas, la guerrilla urbana o los conflictos de baja intensidad hasta la virtualidad de la guerra nuclear, cada uno con sus características particulares. Desde esa perspectiva, la distinción entre esos conflictos se difumina y los dos polos del espectro de la violencia organizada, el terrorismo y la guerra nuclear, se funden en la amenaza altamente simbólica (que, en la actualidad, es de carácter virtual) de una forma de terrorismo que utiliza armas de destrucción masiva. Apartándonos de una tipología que, hasta ahora, se ha basado en los métodos operacionales, la naturaleza de los protagonistas, los objetivos y las demandas políticos o el grado de violencia, ahora se hace necesario adoptar un enfoque más amplio de los conflictos, que tenga en cuenta los diversos factores o que sopesa cada uno de ellos en relación con los demás y señale a la atención otros fenómenos que se sitúan fuera de las categorías genéricas. Además, el carácter de las guerras actuales y futuras socava la noción de tipología porque, en cierto modo, los conceptos de “guerras nuevas” o “guerras posmodernas” constituyen un rechazo a la pretensión de establecer categorías cerradas e inmutables basadas en la historicidad de los conflictos típicos de la era actual. Esto también nos retrotrae, en cierta manera, a una perspectiva tradicional de la guerra en el sentido de que, cualquiera sea su forma, la guerra exhibe unas características intrínsecas y básicamente inalterables. No es casual que Clausewitz y Sun Tzu, que escribieron sobre sus dimensiones estratégicas, sean hoy tan populares mientras que Jomini, que en cierto momento gozó de gran influencia y cuyo pensamiento estratégico se basaba esencialmente en la dimensión operacional de la guerra, haya perdido favor¹⁰. Los estrategas del siglo XIX, en su mayoría soldados profesionales, veían la guerra y la política como dos entidades separadas, en tanto que el siglo XX favorecía una visión holística en la cual la guerra se consideraba una faceta de la política, al igual que la diplomacia. Este cambio no cristalizó en forma efectiva hasta la Primera Guerra Mundial, que fue testigo, por un lado, de la apoteosis de las teorías sobre la guerra total y, por el otro, del surgimiento de la visión revolucionaria marxista, expuesta primero por Lenin y después por Mao, ambos muy familiarizados con la obra de Clausewitz¹¹. Mao también conocía en profundidad el pensamiento estratégico chino clásico.

Más allá de esos debates teóricos y semánticos, los acontecimientos nos obligan a formular preguntas más concretas acerca de la evolución inmediata

10 Sin embargo, se ha publicado una nueva edición de su obra resumida en Francia, donde también se ofrece como libro de bolsillo: Antoine-Henri Jomini, *Précis de l'art de la guerre*, Perrin, París, 2008. En el siglo XIX, Jomini gozaba de enorme prestigio, mucho más que Clausewitz.

11 El interés de Lenin en el filósofo prusiano se pone de manifiesto en su ejemplar de *De la guerra*, que llenó de anotaciones. En una carta a Karl Marx (1858), Engels parece preferir a Jomini: “Jomini es, sin duda, mejor historiador y, aparte de unas pocas cosas excelentes, no me gusta el genio innato de Clausewitz”, mientras que Lenin manifiesta una entusiasta preferencia por Clausewitz: “Clausewitz es uno de los escritores militares más profundos, uno de los más grandes y notables filósofos e historiadores de la guerra, un escritor cuyas ideas básicas son hoy propiedad indiscutida de todos los pensadores”. [Trad. del CICR]

de los conflictos. Por ende, podríamos preguntarnos si la muerte de Osama bin Laden, cabeza visible de los movimientos yihadistas, tras una década caracterizada por la atención de los medios a los grupos yihadistas armados, marca el fin de un período en el cual el terrorismo constituyó el método preferido por numerosos movimientos rebeldes en todo el mundo. ¿Debemos esperar el resurgimiento de la guerra de guerrillas clásica, tal como se desarrolló a lo largo de la historia del siglo XX? Lo mismo puede decirse de los violentos conflictos que han causado millones de muertes, particularmente en África. ¿Y qué hay de las nuevas amenazas relacionadas con la feroz competencia por los recursos naturales o el rápido deterioro del medio ambiente? Éstas son las preguntas que nos guiarán a lo largo de esta breve reseña que, por razones obvias, no será exhaustiva, pero en la cual intentaremos definir la situación del planeta en materia de conflictos. Asimismo, nos concentraremos en algunos de los principales grupos armados no estatales contemporáneos que, durante décadas o en el pasado reciente, han utilizado la violencia para desafiar la autoridad de los regímenes establecidos en diversos lugares. Tras echar un vistazo a las guerras de hoy y las posibles consecuencias de la “primavera árabe”, pasaremos a examinar los grupos armados que participan activamente en los conflictos contemporáneos. A continuación, se describirán en mayor detalle los conflictos que tienen lugar en los bordes de la ex Unión Soviética. Finalmente, procuraremos establecer la índole de las amenazas y demandas de diversos grupos armados en el mundo y centraremos nuestra atención en el fenómeno de las guerras de pasión, en nuestra persistente impotencia frente al fenómeno de la guerra y en la nueva era de las minorías, para, por último, esbozar algunas tendencias futuras.

La guerra hoy: detrás de las apariencias

La actual era de Internet tiende a difuminar las líneas que separan lo real de lo virtual y a descartar la dimensión espacio-tiempo en favor de la inmediatez. Puesto que los problemas relacionados con las guerras y los conflictos son asuntos de larga duración, se ha producido, lógicamente, una brecha entre, por un lado, la percepción general de la guerra como el fracaso de la política —en parte debido al hecho de que los objetivos militares no necesariamente se corresponden con los objetivos políticos— y por ende como anomalía y, por otro, una realidad en la cual la guerra tiende a constituir una continuación de esas políticas por otros medios¹². Por consiguiente, nuestra percepción de los conflictos es perturbada por un escenario en el que se funden los conflictos contemporáneos y los potenciales, la inestabilidad global y los peligros reales, las crisis económicas y los desórdenes geoestratégicos. Además, el otro fenómeno actual, el de la globalización económica, aún no ha producido una verdadera globalización de los conflictos, puesto que casi las tres cuartas

12 V., por ejemplo, el incisivo análisis de Raymond Aron, *Sur Clausewitz*, Complexe, Bruselas, 1987, pp. 152–183.

partes de los conflictos armados contemporáneos son de carácter intraestatal¹³. Estos conflictos no involucran elementos externos (al menos, no en forma directa) y no rebasan las fronteras de los países¹⁴. En general, si hay una esfera en la cual los sistemas del pasado todavía parecen funcionar, es la de la guerra.

Por ende, los conflictos armados, las guerras y los grupos que en ellas participan parecen todo menos revolucionarios. Por otro lado, casi podría decirse que nuestras dificultades para comprender el momento actual se deben principalmente a la falta de correspondencia entre un mundo que se halla en un estado de agitación y las guerras que no han dejado atrás el pasado. Esas guerras se libran con armas convencionales, dentro de las fronteras de los Estados, por razones mundanas y cuestiones clásicas mayormente limitadas a luchas por el poder o a aspiraciones de autonomía. En última instancia, sólo la omnipresencia de una ideología islamista radical en una plétora de grupos armados activos parecería haber marcado un cambio en comparación con los decenios anteriores.

Quienes participan en esas guerras también tienen rostros familiares: regímenes políticos que frecuentemente abusan de su poder y grupos no estatales motivados por reclamos territoriales y/o identitarios, que buscan legitimidad y medios de lucha. Entre ambos se sitúa el famoso “complejo militar-industrial”, como se lo denominaba en el pasado, el cual, siguiendo la implacable lógica del mercado, es alimentado por los conflictos de todo el planeta.

No obstante, la estabilidad geopolítica del mundo —cuyo fenómeno más importante es el surgimiento de nuevas grandes potencias (o superpotencias)— sigue manteniéndose año a año, ayudada por el hecho de que la depredación territorial, que hasta poco constituía un rasgo característico de la historia humana, es ahora, simplemente, un fenómeno obsoleto¹⁵. Cuando se trata de la paz y la guerra, hay una gran diferencia entre la depredación territorial (característica de la historia de los imperios) y la depredación económica (característica de la era capitalista), en el sentido de que esta última no necesariamente conduce a la violencia organizada o a un conflicto armado. Todo esto forma parte de un intento de aclarar una situación geoestratégica que parece confusa pero que, en muchos sentidos, no lo es. Hoy en día, la reorientación estratégica disparada por la realineación de las grandes potencias se acompaña de una relativa estabilidad geopolítica, habida cuenta de que la configuración

13 Según la clasificación correspondiente a 2010 realizada por el Instituto de Investigaciones sobre los Conflictos Internacionales de Heidelberg (IIIK), “Conflict Barometer 2010”, Heidelberg, 2011.

14 Los estudios recientes tienden a indicar que, aparentemente, la globalización incrementa la tasa de mortalidad en los conflictos interétnicos más que en otros tipos de conflictos. V. Susan Olzak, “Does globalization breed ethnic discontent?”, en *Journal of Conflict Resolution*, vol. 55, n.º 1, febrero de 2011, pp. 3–32.

15 Lo que es más, la paradoja de la política internacional contemporánea tiene que ver con la incapacidad de los principales países del mundo de gestionar las crisis que surgen en distintos lugares. Michael Howard resume este dilema del siguiente modo: “Los pueblos que no están dispuestos a poner sus fuerzas en peligro luchan, con ciertas desventajas, contra aquellos que sí lo están. Los misiles Tomahawk podrán dominar el aire, pero en la tierra, las que mandan siguen siendo las ametralladoras Kalashnikov. Este desequilibrio hace que sea muy difícil mantener el orden mundial” (Michael Howard, *The Invention of Peace: Reflections on War and the International Order*, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 2000, p. 102). Cabe destacar que este pasaje se ha tomado de una obra escrita antes de las operaciones militares desplegadas en Afganistán e Irak.

del mapa político mundial prácticamente no ha cambiado desde la muerte de los imperios coloniales, de los cuales el último en desmoronarse fue la Unión Soviética¹⁶.

Sin embargo, un examen más minucioso indica que los conflictos contemporáneos tienen una característica particular que, en parte, cambia esa visión: se desarrollan en un contexto en el cual, por diversas razones, no hay un escenario claro que incluya los tradicionales elementos de la guerra, con un principio y un fin, con un territorio definido y con actores conocidos y reconocidos¹⁷. Todos estos elementos son ahora objeto de cuestionamiento, como se ha señalado precedentemente en el análisis de las “guerras nuevas”. La nueva dinámica de los conflictos ha trastocado no sólo la noción de poder, que constituye el aspecto esencial —y tradicional— de los equilibrios de poder, sino también los conceptos sobre los combatientes y los no combatientes y la noción de la legitimidad del uso de la fuerza¹⁸. El hecho de que en muchos conflictos mueren más personas por las consecuencias indirectas de la guerra que por ésta en sí (por ejemplo, en el Congo o en Sudán, donde la proporción de víctimas fatales producidas durante los enfrentamientos o fuera de ellos es de 1:8, respectivamente) altera la dinámica de un conflicto y su contexto¹⁹.

Acerca de esta importante cuestión, dice el general Jean-René Bachelet:

El equilibrio de poder dejó de ser un factor decisivo al producirse la convergencia de dos fenómenos: por un lado, la relativa moderación que han mostrado las potencias occidentales en cuanto al uso de la fuerza y, por otro, la posición irredentista de los países “más débiles”, con la participación masiva de sus poblaciones. La parte más fuerte es un Gulliver encadenado y la parte más débil, incluso sin contar con los medios para lograr una verdadera victoria, puede prolongar el conflicto en forma indefinida²⁰.

- 16 Más que la reconfiguración territorial, lo que cambia es el papel del Estado. Éste se muestra cada vez más incapaz de hacer frente a los desafíos actuales, pese a lo cual sigue desempeñando un papel clave. Ello es así tanto porque es el único órgano facultado para hacer uso legítimo de la fuerza y a menudo tiene el monopolio del uso de la fuerza, como porque aún no existe otra entidad que asuma esas funciones. François Géré resume los actuales problemas que aquejan al Estado: “Mientras que tradicionalmente se desempeñaba como garante de un territorio definido, hoy el Estado está atrapado entre la espada de la globalización y la pared de la regionalización. Este fenómeno pone a prueba a algunas entidades nacionales más que a otras. Como organizador de la seguridad interna y responsable de la defensa exterior, el Estado constituye la interfaz entre una comunidad particular en un momento determinado de la historia, y los otros Estados, que representan a otras comunidades compuestas por una suma de intereses. Sin embargo, los fenómenos de la globalización, la microrregionalización y el surgimiento de actores no estatales con buenas o malas intenciones ponen a prueba, con creciente frecuencia, el principio fundamental de las relaciones internacionales” (François Géré, *La Société sans la guerre*, Descléee de Brouwer, París, 1998, p. 267).
- 17 La privatización de la guerra es, per se, motivo de graves preocupaciones. V. Dina Rasor y Robert Baumann, *Betraying our Troops: The Destructive Results of Privatizing War*, Palgrave, Nueva York, 2007.
- 18 V. Michael Mann, *Power in the 21st Century*, University of California Press, Los Ángeles, California, 2011.
- 19 Por ejemplo, en el Congo, de los 2,5 millones de muertos registrados entre 1998 y 2001, 350.000 aparentemente murieron en enfrentamientos armados. Obviamente, estas cifras deben tratarse con cautela. V. Andreas Wenger y Simon J. A. Mason, “Participación directa de civiles en conflictos armados: tendencias e implicancias”, en *International Review of the Red Cross*, n.º 872, diciembre de 2008.
- 20 Jean-René Bachelet, *Bringing the Violence of War under Control in a Globalized World*, Foro para una Nueva Gobernanza Mundial (FNGM), París, 2009, pp. 11–12.

En este contexto, donde las reglas, de haberlas, son ambiguas; donde la jerarquía de los fuertes y los débiles²¹ se difumina mientras la brecha entre países ricos y pobres se agranda; donde la guerra no parece terminar nunca²² pero los conflictos siguen sin resolverse; y donde se derrumban las grandes certidumbres del pasado acerca de la modernización y la democratización, es difícil vislumbrar lo que encierra el futuro. Sin embargo, una cosa es segura: la dimensión operacional de los conflictos contemporáneos nos es familiar, pero sus dimensiones estratégicas y políticas han cambiado. Y es en este sentido que las guerras actuales, se clasifiquen como guerras “nuevas” o “posmodernas”, pueden ser diferentes de las del pasado.

Después de la “primavera árabe”

Es indiscutible que en un lapso de veinte años, la dinámica geoestratégica del mundo ha experimentado un cambio asombroso, precisamente en el momento en que se celebra el vigésimo aniversario de la caída de la Unión Soviética y, con ella, el fin de la Guerra Fría. Como para marcar ese aniversario, en 2011 los países árabes sorprendieron al mundo con el espectacular colapso de varios regímenes que se creía que durarían largo tiempo, si no para siempre. Con respecto al período posterior a 1991, la metamorfosis política del mundo árabe probablemente derive en conflictos internos que posiblemente engendren una nueva generación de grupos armados con diferentes demandas, aunque ello sólo ocurra como consecuencia de la inevitable lucha por el poder.

¿Esos grupos emergentes provendrán de escisiones de los grupos yihadistas que son fieles a Al Qaeda, constituirán una variedad de los señores de la guerra insurgentes que tuvieron su origen en África Occidental, o seremos testigos del surgimiento de nuevos tipos de entidades?²³ Es muy pronto para plantear hipótesis serias; la revolución está en una etapa incipiente. Sin embargo, ya nos encontramos en condiciones de observar un fenómeno que es como mínimo sorprendente: el insignificante impacto de los grupos yihadistas en esas revoluciones. En tanto esos grupos obtenían legitimidad política al afirmar que eran los únicos capaces de derrocar a los gobiernos vigentes, éstos la obtenían presentándose como la única defensa contra los yihadistas. En este sentido, los acontecimientos nos invitan a preguntarnos sobre su futura capacidad de adquirir esa legitimidad. En lo que respecta a los vectores revolucionarios, el impacto de Twitter, Facebook y los nuevos medios de comunicación en general ha sido mayor que el del movimiento que, diez años atrás, muchos consideraban la mayor amenaza del siglo XXI. En particular, estas revoluciones han anulado por completo la noción de las fronteras territoriales; se propagaron rápidamente de un país al otro sin que la proximidad geográfica desempeñara un papel decisivo, y las autoridades nada pudieron hacer para impedir la difusión de datos e imágenes.

21 V., por ejemplo, Ivan Arreguin-Toft, *How the Weak Win Wars: A Theory of Asymmetric Conflict*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005.

22 V. Bruce Berkowitz, *The New Face of War: How War will be Fought in the 21st Century*, The Free Press, Nueva York, 2003, p. 103.

23 V. William McCants, “Al Qaeda’s challenge”, en *International Herald Tribune*, 23 de agosto de 2011.

En lo que respecta al futuro de la región, conviene trazar una distinción entre el corto y el largo plazo. En el futuro inmediato, la transformación política del mundo árabe necesariamente traería consigo la aparición de regímenes políticos heterogéneos. Como se sabe, esta situación suele provocar tensiones o directamente conflictos —particularmente intraestatales— y la posible interferencia y emergencia de grupos armados respaldados por Estados interesados en intervenir en los asuntos internos de sus vecinos. Además, la crisis en Libia y las intervenciones de las Naciones Unidas y luego de la OTAN nos empujaron un poco más hacia la ruptura con uno de los principios básicos del orden de Westfalia, que sigue formando parte de nuestro actual legado y que se halla consagrado en la Carta de las Naciones Unidas²⁴: el principio del respeto absoluto por la soberanía nacional y la no interferencia en los asuntos internos de los países. Paradójicamente, ese principio, establecido en el siglo XVII en nombre del respeto de los derechos humanos, en el contexto de las guerras de religión, se ve ahora impugnado en nombre de esos mismos derechos humanos. No obstante, en ausencia de principios sólidos para abordar el tema de la interferencia (o la intervención para “proteger” —la “responsabilidad de proteger” ideada por las Naciones Unidas— por razones humanitarias), se abre una caja de Pandora que, para bien o para mal, no será posible cerrar²⁵.

Como alternativa, a más largo plazo, podría sobrevenir una ola de democratizaciones que finalmente permita la instauración de una paz duradera²⁶ en toda

24 V. artículo 2(7): “Ninguna disposición de esta Carta autorizará a las Naciones Unidas a intervenir en los asuntos que son esencialmente de la jurisdicción interna de los Estados, ni obligará a los Miembros a someter dichos asuntos a procedimientos de arreglo conforme a la presente Carta; pero este principio no se opone a la aplicación de las medidas coercitivas prescritas en el Capítulo VII”.

25 El principio de la “responsabilidad de proteger” adoptado por las Naciones Unidas en 2005 se orienta a proteger a las poblaciones contra las atrocidades masivas. De conformidad con este concepto, “cuando una población está sufriendo serios daños, como resultado de guerra interna, insurgencia, represión o colapso del Estado, y el Estado en cuestión no tiene la voluntad o la capacidad de contenerlos o prevenirlos, el principio de no-intervención cesa ante la responsabilidad internacional de proteger” (v. “La Responsabilidad de Proteger, Informe de la Comisión Internacional sobre Intervención y Soberanía de los Estados”, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo, Ottawa, 2001, pp. XI, XII, disponible en: <http://responsibilitytoprotect.org/ICISS%20Report.pdf> (consultado el 1º de noviembre de 2011). El Consejo de Seguridad hizo referencia al principio de la “responsabilidad de proteger” el 22 de febrero de 2011, en el contexto de la crisis de Libia, en el siguiente comunicado de prensa: “Los miembros del Consejo de Seguridad han exhortado al Gobierno de Libia a cumplir con su responsabilidad de proteger a la población. Han instado a las autoridades libias a actuar con moderación, respetar los derechos humanos y el derecho internacional humanitario, y permitir el acceso inmediato de los encargados de supervisar los derechos humanos y de los organismos humanitarios”. V. “Security Council Press Statement on Libya”, documento SC/10180 de las Naciones Unidas, AFR/2120, 22 de febrero de 2011, disponible en: <http://www.un.org/News/Press/docs/2011/sc10180.doc.htm> (consultado el 8 de noviembre de 2011). [Trad. del CICR]

26 La cuestión de la paz y la democracia constituye el tema central de los debates sobre la esencia de la ciencia política, dado que es uno de los pocos fenómenos políticos que se consideran una “ley”. V., en particular, Miriam Fendius Elman (ed.), *Paths to Peace: Is Democracy the Answer?*, MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1997; y especialmente Michael Doyle, *Ways of War and Peace*, Norton, Nueva York, 1997.

la región, incluido el Oriente Próximo²⁷. Todavía no hemos llegado a ese punto. No obstante, una cosa es (casi) segura: en esa región, el problema de la guerra y la paz evolucionará en forma sustancial durante los próximos años, con el posible o incluso probable estallido de nuevos conflictos armados, en particular de índole intraestatal, y con nuevas intervenciones de diversos grupos armados no estatales.

Hoy se observa que en la Franja de Gaza, Hamas debe llegar a un acuerdo con diferentes grupos radicales, similares a los que actúan en los círculos yihadistas-salafistas que, además de desafiar su autoridad y legitimidad, obstaculizan las negociaciones con Israel con sus esporádicos ataques contra este último y sus actividades en el sur de Jordania. Del mismo modo, el gobierno de Yemen se enfrenta con varios grupos armados que desafían su autoridad en algunas regiones. Así sucede con el más conocido de esos movimientos, Al Qaeda, cuya rama en la Península Arábiga (AQPA) actúa en el este de Yemen, mientras que, en el norte del país, el ejército se enfrenta con otro grupo armado, liderado por Abdel Malek al-Huthi, con antecedentes chiítas. Este tipo de situaciones tiende a persistir durante algún tiempo sin que ninguna de las dos partes logre derrocar o vencer a su adversario. Es probable que Yemen quede atrapado en esta guerra y no pueda alcanzar la paz en el corto o mediano plazo. Además, cabe trazar una importante distinción entre esas dos entidades: una de ellas (AQPA) pertenece a los grupos yihadistas que persiguen objetivos más amplios, de escala mundial, entre los que figura la lucha contra Occidente, mientras que el otro libra una guerra de guerrillas clásica en un intento por alcanzar el poder político. El desafío contra el orden político lanzado en el norte del país por el grupo de Huthi, un movimiento bien establecido entre la población y que cuenta con una estructura organizativa, contrasta con la relativa brecha de seguridad que favorece el establecimiento de AQPA en el sur. Sin embargo, las necesidades políticas y estratégicas (así como económicas y logísticas) y el carácter universal de la ideología yihadista contribuyen a difuminar la distinción tradicional entre los grupos pequeños con vocación nacional y aquellos que exhiben aspiraciones universales. Esa distinción se aplica en otros ámbitos, por ejemplo, entre las organizaciones afiliadas a Al Qaeda y la mayoría de las otras. La actual presencia generalizada de la ideología islamista radical ha agudizado la confusión, dado que reúne a todos los grupos que expresan su adhesión a esa ideología independientemente de sus objetivos políticos, sobre todo porque apelan a técnicas similares, empezando por la del terrorismo.

Grupos armados: continuidad y cambio

Con pocas excepciones, como la de los cárteles mexicanos, cuyos objetivos son básicamente criminales, la amplia mayoría de los grupos armados

27 Sin embargo, el problema de la democratización y la violencia es una cuestión compleja. En ese sentido, cabe destacar las conclusiones extraídas de la experiencia colombiana sobre la noción de que, para que la democracia sea completa, todos los grupos deben tener acceso al poder. V. Mario Chacón, James A. Robinson y Ragnar Torvik, "When is democracy an equilibrium? Theory and evidence from Colombia's La Violencia", en *Journal of Conflict Resolution*, vol. 55, n.º 3, junio de 2011, pp. 366-396.

contemporáneos persigue principalmente objetivos políticos. Aunque algunos de estos grupos se encaminaron gradualmente hacia las actividades criminales, ello se ha debido fundamentalmente a la necesidad de financiar sus actividades. Además, en el caso de México, el conflicto engendrado por el crecimiento exponencial del crimen en gran escala actualmente afecta sobre todo a las personas asociadas con el crimen organizado (en el 90 por ciento de los casos, según las cifras oficiales del gobierno mexicano elaboradas por las autoridades²⁸, que deben tratarse con cautela; el restante 10 por ciento —también según el gobierno— está compuesto por civiles y miembros de las fuerzas del orden). Si se confirma esa tendencia, los conflictos actuales no conducen automáticamente a la violencia contra los civiles. Por otra parte, la violencia causada por los cárteles de la droga ha alcanzado un nivel que permite definir a este otro tipo de conflicto como una guerra²⁹.

Si bien las revoluciones geopolíticas y geoestratégicas aceleran el surgimiento y la caída de los grupos armados no estatales y transnacionales, no pueden impedir que otros grupos sigan existiendo y actuando aunque la razón que les dio origen haya perdido vigencia debido a la evolución de la situación. Hoy, el mapa mundial de los grupos armados exhibe una mezcla de otros grupos (similares a las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FARC) de Colombia) que luchan por causas del pasado pero que aplican los medios apropiados para la situación política (y económica), y de movimientos que nacieron durante las recientes transformaciones geoestratégicas, como los que se originaron en Asia Central o el Cáucaso. El conflicto en Oriente Próximo, que atraviesa su séptima década, y los grupos armados palestinos han evolucionado gradualmente, en particular en lo que hace a su ideología; el islamismo radical ha reemplazado, en gran medida, a las ideologías seculares como base intelectual de los movimientos, algunos de los cuales han alcanzado una mayor legitimidad política. En otros aspectos, la solución a este conflicto parece tan distante como siempre, si bien la evolución política que tiene lugar en la región en respuesta a la “primavera árabe” podría dar lugar a perspectivas nuevas e inesperadas.

Aparte de algunos casos como el de las FARC, que van perdiendo lentamente su vigor, la mayoría de los grupos armados que participan en las guerras de liberación nacional encaminadas a romper con la era colonial se han deteriorado, como es lógico, dado que su causa, ya obsoleta, ha dejado de generar el apoyo popular y económico necesario para alcanzar el éxito político. Hoy, los antiguos guerrilleros llegan al poder por la vía democrática, como en Uruguay, donde el ex combatiente tupamaro José Mujica alcanzó la presidencia en 2010. Además, algunos grupos pequeños,

28 Sobre todo por el presidente Calderón, quien dio a conocer estas cifras en abril de 2010.

29 Recordemos que, tradicionalmente, el concepto de “guerra” es un concepto jurídico, en tanto que el de “conflicto” es un concepto principalmente sociológico y es, por ende, menos preciso. La guerra implica un determinado nivel de violencia, mientras que el conflicto presenta una gama de situaciones más amplia, que no incluyen necesariamente las situaciones de violencia armada. El barómetro subjetivo que se aplica en la actualidad es, sin embargo, un medio útil para tipificar un conflicto como una guerra: un umbral de 1.000 o más muertos. En 2010, el Instituto de Heidelberg para la Investigación Internacional de Conflictos (HIIK) se refirió por primera vez al conflicto en México como una guerra. El término “conflicto armado” también es un término jurídico; v., por ejemplo, Sylvain Vité, “Tipología de los conflictos armados en el derecho internacional humanitario: conceptos jurídicos y situaciones reales”, en *International Review of the Red Cross*, n.º 873, marzo de 2009.

demasiado débiles para lanzar una lucha armada y forzados por ello a recurrir exclusivamente a tácticas terroristas, se han visto obligados a retirarse debido a los espectaculares pero indefendibles ataques organizados por Al Qaeda entre 2001 y 2005. Esos actos aborrecibles y desproporcionados acarrearón como consecuencia la sustancial reducción del espacio de maniobra y de la legitimidad de los movimientos tales como ETA (que en octubre de 2011 anunció formalmente el fin de su lucha armada).

El mapa de la insurgencia refleja la clara traslación de los conflictos del continente americano a Asia, con una transformación ideológica que, por un tiempo, favoreció al islamismo radical más que a las diversas corrientes marxistas, aunque es posible que éstas recuperen su fuerza. El surgimiento, en el norte de Paraguay, del Ejército Popular Paraguayo, que aplica las tácticas de las FARC con su guerra de guerrillas y tomas de rehenes, tal vez anuncia el renacimiento de este tipo de movimientos, en una región que exhibe un largo historial de guerras insurreccionales y un terreno adecuado para esa forma de violencia armada.

El año 2011 tal vez marque una nueva etapa en la historia de los conflictos. La muerte de Osama Bin Laden, en la primavera de ese año, cerró simbólicamente un período de diez años que transcurrió bajo la amenaza del terrorismo, cuyo fracaso en lograr un impacto político fue inversamente proporcional a la angustiada obsesión de la gente y de los medios, atizada por una impresionante serie de atentados perpetrados principalmente en países musulmanes. Puede esperarse que la muerte del líder histórico de Al Qaeda permita centrar la atención en otros conflictos, infinitamente más sanguinarios pero mayormente olvidados porque carecen de cobertura en los medios de comunicación. En lo que respecta a la salud económica de los países, el posible interés de la comunidad internacional en algunos conflictos que afectan a zonas situadas en la periferia de los intereses geoestratégicos es básicamente desequilibrado: los países descritos como situados en el “sur”, particularmente en el continente africano, no reciben el mismo trato que las regiones “estratégicas” que se relacionan con los intereses políticos y económicos de los países del “norte”, entre los que se cuentan los países con economías de mercado emergentes³⁰. En este sentido, las Naciones Unidas en cierto modo fomentan ese trato desigual, puesto que se muestran mucho más dispuestas a adoptar medidas resueltas y expeditivas contra líderes como Gadafi que, por ejemplo, contra alguien como Mugabe³¹.

30 Sin embargo, también es evidente que, aun cuando se realicen con las mejores intenciones, las intervenciones externas no producen necesariamente resultados positivos. V. David E. Cunningham, “Blocking resolution: how external states can prolong civil wars”, en *Journal of Peace Research*, vol. 47, n.º 2, marzo de 2010, pp. 115–127.

31 La relectura de la obra del economista Thorstein Veblen sobre la paz, escrita hace unos cien años (1917), causa sorpresa: el problema de la guerra y la paz y, en particular, la cuestión del “interés nacional” aparentemente no han cambiado. El siguiente pasaje habla por sí mismo: “Hasta ahora, el movimiento hacia la paz no ha pasado de la concepción de ésta como una salvaguardia colusoria de las discrepancias nacionales por la fuerza de las armas. Esa paz es necesariamente precaria, en parte porque la fuerza armada es útil para quebrantar la paz y en parte porque las discrepancias nacionales que los actuales constructores de la paz tanto atesoran tanto constituyen una constante fuente de disputas. Pero, su verdadera preocupación parece ser la preservación de esas discrepancias. Hasta ahora, aún no se ha propugnado seriamente una paz que se alcance mediante la omisión colusoria de esos restos de ficción feudal que todavía sirven para dividir a las naciones pacíficas”. Thorstein Veblen, *The Nature of Peace*, Transaction Publishers, Londres, 1998, p. 302.

Así pues, el mapa de 2011 muestra que los conflictos armados intraestatales siguen limitados, en su mayor parte, a algunas zonas de Asia y África. ¿Cuáles son los actuales fenómenos distintivos?³² En primer lugar, la extensión de vastas zonas impermeables a los enfrentamientos serios, como Europa o, con algunas excepciones, todo el continente americano (en sus partes norte y sur)³³. En segundo lugar, el hecho de que los conflictos intraestatales se limiten a sus zonas originales; esto incluye zonas afectadas por hostilidades de larga data, como la región de los Grandes Lagos, en África. En general, los conflictos internos no producen la intervención de países rivales ansiosos por explotar la situación, como sucedía con frecuencia en anteriores periodos históricos. Obviamente, las potencias regionales como Rusia y China responden con rapidez cuando las intervenciones afectan su territorio privado pero, en tales casos, las asimetrías en el poder de los contrincantes desembocan, por lo general, en una resolución rápida y violenta de las disputas locales, con el profundo resentimiento que generan estas modalidades de acción.

La periferia de la ex Unión Soviética

En el caso de Rusia, hubo numerosos conflictos en los bordes meridionales de la ex Unión Soviética, particularmente en las regiones desarticuladas y (malamente) rearticuladas por Stalin. Por muchas razones, estas zonas revisten hoy un elevado interés estratégico. Esta descripción se aplica a Asia Central, o al menos a algunas de sus partes, y al Cáucaso del Norte y del Sur, tres regiones tradicionalmente codiciadas por diversos actores, desde los tiempos de los mongoles y los timúridas hasta la era de los británicos y de la Rusia zarista. A diferencia de las ex repúblicas soviéticas y de otros países satélites europeos, los países de Asia Central estuvieron sujetos a la tiranía de anteriores *apparatchik*, y la mayoría lo sigue estando al día de hoy. Esta situación no ha hecho sino postergar la inevitable transformación política y provocar crecientes tensiones que estallan a cada momento en actos de considerable violencia, que acaparan con regularidad la atención de los medios y que también se manifiestan en episodios de violencia interétnica que expresan básicamente la existencia de un considerable malestar político y económico.

Algunos países, como Kazajstán, persiguen objetivos de modernización a la vez que procuran redefinir el equilibrio de los poderes regionales. Lógicamente, esto favorece a las entidades fuertes más que a las débiles o reaccionarias, con todo el resentimiento popular que la nueva situación engendra. Los conflictos internos en Asia Central y en el Cáucaso, donde la tensión con respecto a Europa es permanente, se combinan con luchas por el poder, rivalidades entre los Estados y

32 En 2011, Lotta Themnér y Peter Wallensteen elaboraron una lista de los conflictos armados librados desde la Segunda Guerra Mundial. Según sus datos, en 2010 el número de conflictos activos se redujo marcadamente y alcanzó su nivel más bajo desde 2003. Lotta Themnér y Peter Wallensteen, "Armed conflict 1946–2010", en *Journal of Peace Research*, vol. 48, n.º 4, julio de 2011, pp. 525–536.

33 Con respecto a la evolución de la violencia en el largo plazo, v. el reciente estudio de Steven Pinker, en el que se refiere a la "nueva paz" en el mundo posterior a la Guerra Fría, *The Better Angels of our Nature: The Decline of Violence in History and its Causes*, Allen Lane, Londres, 2011.

cuestiones estratégicas regionales, con la posibilidad de que la violencia estalle en cualquier momento.

Así sucede en el Cáucaso del Norte, donde conviven seis repúblicas y decenas de grupos étnicos con una larga historia de resistencia. En 2010, el episodio más sanguinario se produjo en Daguestán, donde perdieron la vida 378 personas, entre ellas 78 civiles. El principal movimiento del país, Shariat Jamaat, no está solo, ya que operan en esa zona cinco otros grupos. El hecho de que Kabardino-Balkaria ocupe ahora el segundo lugar en términos de violencia política —aunque hasta poco, parecía haber escapado a ese destino— indica que la región está lejos de haber solucionado sus problemas. Allí, la modalidad operativa de los grupos insurgentes suele limitarse a ataques terroristas, porque no pueden establecer una fuerza capaz de librar una guerra de guerrillas. En lo que respecta a sus bases y objetivos, los grupos armados en el Cáucaso del Norte, aunque guiados por la ideología yihadista, siguen siendo movimientos independientes con poca o ninguna conexión con el universalismo de los movimientos al estilo de Al Qaeda, pero se benefician de una base popular más sólida en su propio país. Invocando la amenaza del terrorismo transnacional, el gobierno ruso logró desplegar, en los primeros años del siglo, una implacable campaña en Chechenia sin que la comunidad internacional mostrara inquietud alguna. Pero, ¿qué sucederá en el futuro? Como ocurre con todas las guerras de liberación nacional, los grupos independientes sólo pueden esforzarse por minar la voluntad política del adversario, lo que sería factible si la población rusa rechazara una inversión política y militar de este orden en las seis repúblicas del Cáucaso del Norte. Aún no se ha llegado a ese punto.

Amenazas y demandas

Esto nos lleva a otra observación. El yihadismo inspirado por Al Qaeda, cuyo objetivo era, en opinión de algunos, destruir el orden internacional encendiendo conflictos en diferentes lugares, no cesa de propagarse, pero lo hace sin cambiar el statu quo geopolítico. Los partidarios de Al Qaeda nunca han logrado generar un movimiento de masas en ningún lugar, ni adquirir los medios para emprender una lucha armada de una escala apreciable, ni siquiera a nivel local. El tiempo dirá si los dos movimientos más visibles en la actualidad, los que operan en Yemen y en la región del Sahel, alcanzarán una escala mayor. Sin embargo, en la actualidad, no existe indicio alguno de que esto vaya a ocurrir en el corto o mediano plazo. En última instancia, sólo las mal aconsejadas acciones de George W. Bush lograron engañar a esos movimientos radicales, y en estos momentos no estamos ni siquiera cerca del anunciado “choque de civilizaciones”³⁴, pese a los numerosos y lamentables atentados cometidos en diversos lugares, la mayoría de ellos en el mundo musulmán.

El surgimiento o resurgimiento de la religión en la dinámica de los conflictos, que se remonta a 1979, época de la revolución iraní y del inicio de la

34 Samuel Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Touchstone, Nueva York, 1997.

contrainsurgencia de los muyahidines contra la URRS en Afganistán, ¿sigue siendo un factor que alimenta los conflictos intraestatales?³⁵ De Yemen a Somalia, del Cáucaso a Oriente Próximo, y de Indonesia al Sahel, no cabe duda de que los conflictos los inician grupos armados cuyas motivaciones son, en parte, religiosas. ¿Significa esto que esos conflictos pueden tipificarse como “religiosos”? Para muchos de esos movimientos, la religión tiene un papel que no se diferencia mucho del que desempeñara la ideología marxista leninista a lo largo de casi todo el siglo XX. Del mismo modo, el islamismo radical, chiíta o sunita, es (a menudo) de vocación universal y por ende, teóricamente, se asocia con luchas que trascienden las fronteras nacionales. La mayoría de los grupos yihadistas armados persiguen objetivos políticos que se limitan a la idea de tomar el poder de un Estado convencional y en una zona más o menos definida desde el punto de vista cultural o geográfico. No sorprende que la influencia del islamismo militante sea mucho mayor en los países donde el Estado es débil o desestructurado, o en aquellos donde el Estado tiene dificultades en establecer su legitimidad (por ejemplo, Somalia y Yemen). Además de su índole movilizadora, la ideología radical, sea religiosa o no religiosa, ofrece una base moral y una fuerza organizativa que son extremadamente útiles para los grupos insurgentes. Sin embargo, esta radicalización no ha generado realmente el apoyo popular vital para los grupos insurgentes que se proponen derrocar al gobierno. Si bien la religión es un elemento importante en numerosos conflictos, raras veces constituye la única fuente verdadera de conflicto. Una vez más, estamos muy lejos de las guerras de religión que se han pronosticado.

La amenaza al medio ambiente era la otra fuente principal de nuestros temores existenciales a principios del siglo XXI. Según se decía, este factor llevaría a nuevos tipos de conflictos a resultas del desplazamiento de las poblaciones: por ejemplo, la competencia por los recursos escasos o las inevitables “guerras del agua”³⁶. La amenaza al medio ambiente es real y nuestros actuales niveles de conocimiento indican que es incluso más grave de lo que podría haberse imaginado hace diez o veinte años. Al mismo tiempo, no hay indicios sólidos de que las consecuencias del deterioro ambiental realmente den lugar a conflictos, o al menos, a conflictos que se degraden hasta transformarse en enfrentamientos armados serios; pero, también en este caso, la situación puede cambiar con rapidez.

Guerras de pasión

Sin embargo, en diversos lugares se libran conflictos marcados por tensiones entre grupos poblacionales cuyas relaciones, por diferentes razones, se basan en una animosidad permanente alimentada por el resentimiento originado en una historia de conflictos remotos o más recientes. Esas situaciones se definen como

35 V., en particular, Gilles Kepel, *The Revenge of God: The Resurgence of Islam, Christianity and Judaism in the Modern World*, Cambridge, Polity, 1994. Kepel se refiere, en particular, a las “religiones de confusión”.

36 El agua, una potencial fuente de conflicto, puede también ofrecer la oportunidad de resolver un conflicto. V., por ejemplo, Mara Tignino, “Agua, paz internacional y seguridad”, en *International Review of the Red Cross*, n.º 879, septiembre de 2010, pp. 647–674.

conflictos interétnicos. Aquellos que desatan emociones y pasiones son los únicos conflictos en los que el odio y el resentimiento a veces triunfan sobre la racionalidad política, mientras las autoridades (que raras veces controlan la situación) explotan esas mismas emociones con fines políticos. El final de la Guerra Fría y el descongelamiento geoestratégico que lo acompañó dieron lugar a varios de esos conflictos o no pudieron impedir que se transformaran en un baño de sangre. Los decenios de 1990 y 2000 fueron testigos de guerras crueles y sanguinarias que causaron millones de muertes en Europa y ex Yugoslavia, así como en África.

Algunos de esos conflictos, particularmente debido a su índole extrema y, en el caso de ex Yugoslavia, su proximidad a Europa occidental, indujeron a la comunidad internacional a desplegar esfuerzos especiales, gracias a los cuales esos conflictos han finalizado, están en vías de resolución o, en el caso de los constantes enfrentamientos de la región de los Grandes Lagos, están decreciendo. Sin embargo, en el caso mencionado en segundo lugar no está dicha la última palabra, porque la zona sigue infestada de grupos armados que se oponen al gobierno pero que, en muchos casos, también rivalizan entre sí; así sucede, en especial, en la República Democrática del Congo. Esos grupos son capaces de cometer atrocidades contra las poblaciones civiles y su mera presencia constituye un obstáculo insalvable al desarrollo social o económico. Desde un punto de vista formal, y antes de los conflictos políticos engendrados por la “primavera árabe” en 2011, sobre todo en Libia hasta la muerte de Gadafi, así como en Siria (conflicto en curso al tiempo de publicar el presente artículo), Sudán era el único país que, en 2010, experimentaba un nuevo brote de violencia; el nivel de esa violencia era tal que el país pasó a ser, junto con Somalia, uno de los dos más violentos de África. En la clasificación de conflictos correspondiente a 2010, el Instituto de Heidelberg para la Investigación Internacional de Conflictos (HIIK) coloca a Somalia y a Sudán en el círculo cerrado de los países en guerra, junto con Afganistán, Irak, Pakistán y, sorprendentemente, México, donde, según se informa, la guerra entre los cárteles dejó un saldo de más de 10.000 muertos en 2010³⁷.

Esas guerras de pasión han sido la causa directa e indirecta de un enorme número de víctimas civiles y de desastres humanitarios de una escala jamás vista desde la Segunda Guerra Mundial³⁸. Al igual que en los Estados desestructurados (por ejemplo, las repúblicas de la ex Unión Soviética), los conflictos africanos en Ruanda, Sudán, Liberia y el Congo, por mentar sólo unos pocos, fueron el primer resultado de unas gestiones públicas incompetentes (y corruptas), despóticas o incluso perversas, combinándose de este modo un gobierno débil con la violencia

37 HIIK, ‘Conflict Barometer’, nota 13 *supra*.

38 El estudio de las relaciones internacionales sigue la tradición del pensamiento iluminista del siglo XVIII con, por un lado, una visión kantiana impulsada por un ideal y, por otro, una visión realista inspirada por el pensamiento de los británicos Hobbes, Hume y Locke. El resultado es una dicotomía fundamental entre dos tradiciones que son, no obstante, fruto de una comparación racional entre las entidades estatales. Sólo recientemente se han comenzado a estudiar los aspectos emocionales e irracionales de la política internacional, cuyos peligros percibió por primera vez el genio intuitivo de Jean-Jacques Rousseau. Con respecto a este tema, v. el brillante ensayo de Dominique Moïsi, *The Geopolitics of Emotion: How Cultures of Fear, Humiliation, and Hope are Reshaping the World*, Anchor, Nueva York, 2010.

política o policial³⁹. Con respecto al mapa político mundial, si bien la democracia (y con ella, la “buena gobernanza”) ha hecho importantes avances en las últimas décadas, al menos hasta 2005, e incluso si la cadena causal que une esos dos elementos no puede darse por sobreentendida, muchos países del mundo están mal gobernados y tienen regímenes políticos condenados al fracaso, con el consiguiente riesgo de sufrir crisis internas y experimentar el surgimiento de facciones armadas en lucha por el poder o el territorio. Las cifras correspondientes a los últimos cinco años son más desalentadoras; según las encuestas de Freedom House, la disminución de la libertad global parece agravarse año a año y se acompaña de una declinación en las instituciones y los mecanismos democráticos en todo el mundo⁴⁰.

No obstante, y hasta que veamos el resultado final de la “primavera árabe”, es improbable que en el futuro cercano se planteen crisis como las de Sudán o el Congo. Sin embargo, hay que estar alerta: una crisis grave podría propagarse con rapidez desde los focos de violencia pequeños y parcialmente extinguidos, como en Nigeria, donde las tensiones interétnicas (y religiosas) se acumulan bajo la superficie, o en Asia Central, sobre todo en Kirguistán y Uzbekistán, donde unas fronteras políticas perversas ocultan las fronteras étnicas entre los nacionales kirguisos y uzbekos, en un escenario caracterizado por la manipulación política⁴¹.

La impotencia frente a la guerra

Habida cuenta de los profundos cambios que han trastocado nuestro mundo y nuestras sociedades durante los últimos veinte años, en particular la realineación geopolítica que puso fin a una hegemonía occidental de siglos, es sorprendente que la evaluación geoestratégica de los conflictos y de quienes participan en ellos, pese al fenómeno de las “guerras nuevas”, indique que los conflictos están declinando en relación con el tamaño y la extensión de los cambios actuales. En comparación con las épocas anteriores, que eran incapaces de gestionar adecuadamente sus propios cambios, empezando por los de la primera mitad del siglo XX, la belicosidad de la era actual es, indudablemente, mucho menos severa en lo que respecta a los temperamentos, los discursos y las obras. Sin embargo, hay dos aspectos que causan profunda conmoción. El primero es la resiliencia de la guerra, que a veces asume las formas más bárbaras aunque después de 1945 juramos hacer todo lo posible por erradicarla o al menos mitigar sus efectos o mantenerla bajo control. El segundo aspecto que atrae nuestra atención es la desigualdad frente a la guerra; hay zonas protegidas y otras extremadamente vulnerables, y los países privilegiados son

39 En la guerra civil, se traza una distinción entre el concepto de la guerra “indirecta”, en la cual la violencia es perpetrada sólo por un grupo armado, y la guerra “directa”, en la cual los civiles están en colusión con un grupo armado. V. Laia Balcells, “Continuation or politics by two means: direct and indirect violence in civil war”, en *Journal of Conflict Resolution*, vol. 55, n.º 3, junio de 2011, pp. 397–422.

40 Ésta es la declinación más sostenida que se haya registrado en los últimos cuarenta años. *Freedom in the World 2011*, Freedom House, Washington, DC, 2011.

41 La probabilidad de una guerra civil aumenta si ya hubo un conflicto durante los dos años anteriores. V. Michael Bleaney y Arcangelo Dimico, “How different are the correlates of onset and continuation of civil wars?”, en *Journal of Peace Research*, vol. 48, n.º 2, marzo de 2011, pp. 145–155.

incapaces de proteger en forma eficaz a los más vulnerables contra este azote. Es precisamente esta impotencia lo que ofende nuestra conciencia, que fue alimentada por el espíritu del Iluminismo y su doble aporte de razón y progreso.

Aunque nos complazca que estas “guerras nuevas” no hayan (todavía) derribado el orden establecido, es desalentador observar que muchos conflictos prolongados aún no se han resuelto y que el comercio internacional de armas, en particular de armas livianas, prospera más que nunca. En 2011, el mundo estaba armado y los indicadores sugieren que es altamente improbable que esta tendencia se revierta en los próximos años: según los datos más recientes del SIPRI, en 2006-2010 el volumen de la transferencia mundial de armas (convencionales) aumentó un 24 por ciento, en comparación con la cifra registrada en 2001-2005⁴².

Por todas estas razones, el año 2011 puede verse como un período clave, testigo del final de una década marcada por una doble amenaza caracterizada no sólo por su opresividad sino también por su virtualidad —el terrorismo transnacional y la proliferación de las armas nucleares— pero que, en definitiva, no ha llevado a nada tangible ni ha fomentado el surgimiento de grupos armados que vayan socavar el statu quo político. Sólo las guerras de Irak y Afganistán, causadas por la amenaza terrorista (pero libradas como resultado de una opción política y no de la necesidad estratégica) podrían dar lugar a un escenario similar al que se generó tras la retirada de la URSS de Afganistán, con el despliegue de muyahidines en diversos países. Hasta hoy, esto no ha sido así y nada sugiere que esa historia vaya a repetirse.

Por ende, podría decirse que, en el límite con las nuevas guerras, los numerosos conflictos intraestatales actuales, así como los grupos armados que en ellos participan, constituyen el legado de conflictos antiguos, no resueltos o mal solucionados que persisten desde hace varias décadas, y que continúan de un año a otro porque las circunstancias particulares son tales que esto puede suceder en lugares donde hubo conflictos similares que han terminado hace tiempo. Además, el ejemplo de Sri Lanka, con la derrota de los Tigres del Tami, ha demostrado que un gobierno que no se detiene ante nada, ni siquiera ante un baño de sangre, puede aniquilar a un grupo guerrillero por más tenaz y organizado que sea. Sin embargo, un país democrático como Colombia, por ejemplo, no podría en modo alguno utilizar esos métodos, no importa lo que esté en juego. Pero, debemos ser cautelosos en nuestros juicios, puesto que es muy frecuente que, de las cenizas de viejos conflictos mal resueltos, surjan otros conflictos que, combinados con nuevos elementos, estallen brutalmente y sin previo aviso, a veces a escalas mucho mayores.

Tras el fin de la edad de oro de las guerrillas marxistas-leninistas, ahora presenciamos el ocaso de otra era, la del “terrorismo transnacional”, que, dicho sea de paso, ha declinado en términos operacionales en comparación con las fuerzas guerrilleras tradicionales. Como todas las eras —por ejemplo, el período de las independencias nacionales posterior a 1945, que dio lugar a conflictos que aún

42 V. Paul Holtom, Lucie Béraud-Sudreau, Mark Bromley, Pieter D. Wezeman y Siemon T. Wezeman, *Trends in International Arms Transfers*, 2010, Estocolmo, ficha técnica del SIPRI, marzo de 2011, disponible en: <http://books.sipri.org/files/FS/SIPRIFS1103a.pdf> (consultado el 11 de noviembre de 2011).

persisten (por ejemplo, en Oriente Próximo o el conflicto entre India y Pakistán)— el decenio de 2000 produjo una serie de pequeños grupos yihadistas, todos ellos armados en mayor o menor medida. Al igual que Al Qaeda en el Magreb islámico, será difícil que estos grupos sobrevivan, pero tal vez perduren durante cierto tiempo como una fuerza de agitación local o regional sin efectos reales en la evolución política de las regiones en la que operan. Sin embargo, la reciente aparición de grupos maoístas y otros grupos armados, por ejemplo en India y Paraguay, podría anunciar el regreso a las ideologías de inspiración marxista.

En un plano completamente distinto, la guerra en la República Democrática del Congo ha creado un entorno que propicia la anarquía en algunas partes del país⁴³. Esas regiones se encuentran bajo el control de grupos armados peligrosos e incontrolables; es difícil que esos grupos se desmovilicen en el corto plazo y que sus miembros se reintegren en una sociedad que sigue devastada. Esta clase de conflicto podría presentarse en otros lugares, en formas inesperadas y abruptas; actualmente, estos conflictos no son fáciles de evitar, controlar o solucionar con rapidez porque los mecanismos internacionales de resolución de conflictos, ya sean informales (basados en los intereses de las potencias más importantes) u oficiales (como los de las Naciones Unidas y otras organizaciones de seguridad regional colectiva) no han evolucionado de manera apreciable en los últimos quince años o más. La cantidad de armas que actualmente circulan en el mercado, multiplicadas por la creciente actividad de las organizaciones criminales transnacionales, podría contribuir a fortalecer a las facciones rivales en una guerra de este tipo, donde, como es lógico, el grado de violencia y de destrucción de todo tipo, incluso entre civiles, sería inevitablemente muy elevado. El ejemplo de las revoluciones de 2011 sugiere que hay que ser extremadamente cauteloso y no arriesgar pronósticos acerca de las zonas en las que podrían plantearse tales conflictos en el futuro. Sin embargo, al enfocar demasiado de cerca los peligros que son aparentes pero casi virtuales, como los relacionados con la proliferación de las armas nucleares, se omiten los peligros invisibles que esperan agazapados, listos para estallar y tomarnos por sorpresa. Durante el período de la declinación de Zaire, hacia finales del reino de Mobutu Sese Seko, todos —la población y las embajadas— compartían la certeza de que el período posterior al régimen de Mobutu sería agitado y hasta violento, como el lapso que siguió a la mal negociada independencia de 1960. No obstante, las únicas medidas que se adoptaron en Washington, París y otros lugares fueron las de postergar todo lo posible el resultado inevitable, la conocida catástrofe humanitaria. Como señaló un tanto cínicamente el gran teólogo Reinhold Niebuhr, “Tal vez la característica moral más importante de una nación sea su hipocresía”⁴⁴.

Lo que parece menos probable es que se propague el tipo de anarquía prevaleciente en algunas partes del Cuerno de África, que ofrece un espectáculo por lo menos sorprendente: la piratería en gran escala, un azote que se consideraba

43 René Lemarchand señala, con razón, la interdependencia regional y sus repercusiones en la violencia en la región de los Grandes Lagos. V. René Lemarchand, *The Dynamics of Violence in Central Africa*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, Pennsylvania, 2009.

44 Reinhold Niebuhr, *Moral Man and Immoral Society*, Scribner, Nueva York, 1932, p. 95.

extinguido. Esa actividad parece haber ganado terreno en una zona donde la navegación marítima comercial y recreativa es ahora riesgosa, si no directamente peligrosa⁴⁵. Según la Oficina Marítima Internacional, en 2010, los piratas tomaron 998 rehenes sólo en esa región, que abarca una superficie equivalente al doble de la de Europa⁴⁶.

Éste es uno de los raros casos en que los efectos de la inestabilidad interna de un país, en este caso Somalia, trascienden las fronteras de un Estado o grupo de Estados. La incapacidad del gobierno de consolidar su poder en el país puede compararse con la incapacidad de los grupos armados islamistas de derrocar a un régimen acorralado. Aquí, como en otros lugares, la rivalidad entre los grupos armados —en este caso, las milicias al-Shabab y Hizbul Islam— ayuda a debilitar al poder central y, a la vez, alimenta focos de violencia. Cabe recordar que, en Somalia, estos movimientos han atacado no sólo al poder central (el gobierno federal de transición) sino también a las fuerzas de la Unión Africana; además, se han establecido en otros países, particularmente en Uganda, donde al-Shabab reivindicó la autoría de un atentado terrorista perpetrado en 2010. Las milicias propician la piratería, porque la consideran un medio para adquirir armas y refuerzos humanos fuera del país. Los desplazamientos de población ocasionados por la guerra y las dificultades en obtener ayuda externa contribuyen a profundizar la crisis humanitaria que, lógicamente, afecta al país.

Sin embargo, el caso de Somalia no debe hacer perder de vista el hecho de que la larga lista de grupos armados identificados en todo el mundo consiste principalmente en grupos pequeños, débiles o prácticamente inexistentes, con un peso político insignificante y con limitadas capacidades de causar perturbaciones. Algunos, como Sendero Luminoso en Perú, siguen existiendo pero han perdido desde hace tiempo sus capacidades operativas y su influencia. Contrariamente a lo que indica el sentido común, la falta o la desaparición de las oportunidades necesarias para lograr los objetivos deseados o proclamados no hace que los grupos armados depongan las armas. De allí que algunos pequeños grupos sobrevivan, a veces por muchos años, sin liderazgo y sin medios, casi por hábito, para terminar en una oscura interfaz de Internet. El uso del terrorismo como arma, que se ha acrecentado en los últimos diez años, no es atribuible al hecho de que muchos movimientos son incapaces de atacar a las fuerzas armadas regulares en forma directa o indirecta, sino a que, sobre todo entre los movimientos yihadistas, esta modalidad es la vigente desde la conmoción mundial causada por los atentados del 11 de septiembre de 2001. El posible resurgimiento de los movimientos inspirados en la ideología marxista, que tienden a operar en zonas rurales, podría motivar el regreso a las tácticas de la guerrilla convencional, que son más acordes con los enfoques e históricos de esos movimientos.

45 Para poner en perspectiva la amenaza global de la piratería en Somalia, véase el interesante artículo de J. Peter Pham, "Putting Somali piracy in context", en *Journal of Contemporary African Studies*, vol. 28, n.º 3, julio de 2010, pp. 325–341.

46 Los datos de la OMI se actualizan con regularidad y figuran en: <http://www.icc-ccs.org/piracy-reporting-centre/piracynewsfigures> (consultado el 11 de noviembre de 2011).

La nueva edad de las minorías

Mientras que el período de la Guerra Fría formaba el contexto de los conflictos intraestatales en los países secundarios (en el sentido geopolítico), hoy los lugares más afectados por las guerras internas son las naciones-continentes “emergentes” (o, más correctamente “reemergentes”), en otras palabras, las nuevas grandes potencias del futuro. Esas guerras internas se libran en zonas que persiguen su autonomía o su independencia y son generadas por minorías que, en algunos casos, son objeto de opresión política o exhiben una densidad demográfica inferior. Esta descripción se aplica, por supuesto, a China y a India. Cada uno de estos países tiene un pasado histórico largo y complejo, con una cultura importante y con regímenes políticos que van de la autocracia liberal a la democracia. El “imperio despedazado” cuyo potencial de conflicto en la Unión Soviética fue rápidamente percibido por Hélène Carrère d’Encausse⁴⁷, tiene su equivalente en China, especialmente en Tibet y Sinkiang, donde, pese a esporádicos episodios de violencia, la autoridad central parece controlar los acontecimientos, al menos por el momento.

India enfrenta este tipo de violencia desde su independencia, pero la diversidad étnica y la complejidad política del país, para no mencionar sus peculiares características geográficas, han dado lugar a una situación mucho más complicada que la de China⁴⁸. Por el momento, nada indica que las decenas de movimientos insurreccionales relativamente importantes que desafían la autoridad central en diversas partes del país, desde Cachemira hasta la frontera con Bangladesh, estén dispuestos a deponer las armas. Lejos de ello. Nada indica tampoco que el gobierno central se proponga efectuar concesiones sustanciales.

En contraposición con la actual multiplicación de los grupos islamistas militantes, que actúan sobre todo en las zonas urbanas, el movimiento insurreccional más peligroso en la India es de inspiración maoísta. El movimiento naxalita toma su nombre de la aldea de Naxalbari (antiguo escenario de una revuelta campesina), y actúa en 90 de los 636 distritos que conforman el país. Lo integran entre 15.000 y 20.000 combatientes armados y cuenta con una importante base de simpatizantes en una zona básicamente rural, situada en el centro/nordeste del país⁴⁹. Mientras que en 2009, el conflicto entre las fuerzas del orden y los naxalitas no alcanzó el umbral crítico de las 1.000 víctimas, en 2010 lo superó, con 1.200 casos de víctimas fatales. Con base en dos estados, Jharkand y Chhattisgarh, los naxalitas están extendiendo sus operaciones a otras zonas. En los próximos años, es probable que este movimiento nacido en 1960, pero organizado sólo recientemente, presente a los gobiernos de India graves problemas, sobre todo porque sus líderes, que aplican

47 Hélène Carrère d’Encausse, *L’Empire éclaté*, Flammarion, París, 1978.

48 Es preciso destacar la profunda diferencia entre las dos culturas políticas, en particular la naturaleza centralizada, secular e indiscutida del poder en China, en comparación con India. Véase el análisis comparativo de la evolución de estas dos sociedades elaborado por Francis Fukuyama, *The Origins of Political Order: From Prehuman Times to the French Revolution*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2011.

49 V. por ejemplo, William Magioncalda, “A modern insurgency: India’s evolving Naxalite problem”, en *South Asia Monitor*, n.º 140, Washington, DC, Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales, 8 de abril de 2010.

los principios maoístas de la guerra de guerrillas al pie de la letra, participan en una guerra extendida, motorizada por masas de campesinos descontentos. El gobierno de India, consciente de la gravedad de la situación, recientemente ha organizado una fuerza especial cuyo cometido consiste en volcar la situación a favor del Estado. La fuerza tiene por delante una difícil tarea, pero siempre podrá inspirarse en la experiencia británica, descrita por C. E. Callwell hace más de un siglo en su tratado sobre las “guerras pequeñas”⁵⁰. El carácter particular de esas guerras, en las cuales las partes adversas procuraban ganarse el apoyo de los campesinos, colocó con frecuencia a los civiles en el centro de las hostilidades, con las inevitables consecuencias humanitarias⁵¹. Para evitar caer en ciertas trampas, el gobierno de India haría bien en estudiar la historia de Colombia durante los últimos cuarenta años.

Durante los últimos diez años, otro importante país en la región, Indonesia, ha participado activamente en los enfrentamientos contra la insurgencia que siguieron a los ataques perpetrados en Bali en 2002, con un saldo de más de 200 muertos y otros tantos heridos. Pese a sus esfuerzos, el gobierno de Indonesia no ha podido impedir el reciente surgimiento de un nuevo movimiento rebelde yihadista denominado “Lintas Tanzim”⁵². Este conflicto se suma a uno mucho más antiguo (que data de 1949), entre el gobierno y el movimiento de liberación de Papua Occidental.

Sin embargo, el país que atraviesa la situación más volátil de todas es Pakistán, no sólo desde el punto de vista regional sino también mundial. Además del problema de Afganistán, que tiene importantes consecuencias en los asuntos internos y externos de Pakistán, y aparte del hecho de que el país tiene la bomba atómica, el gobierno central se enfrenta con los grupos islamistas en una guerra que ya lleva una década, que se ha intensificado en los últimos cuatro años y que ya se ha cobrado casi 7.000 vidas. Aunque, como en otros lugares, es poco probable que el gobierno caiga por la fuerza en manos de esos grupos, la violencia del conflicto entre las fuerzas del orden podría agravar la inestabilidad de un país que constantemente parece tambalearse al borde del abismo.

Conclusión

Para concluir, tras la marcada tendencia observada en los años recientes, consistente en el surgimiento, en numerosos países en África, Asia y la Península Arábiga, de pequeños grupos militantes islamistas que no han vacilado en hacer uso del arma del terrorismo, posiblemente ahora seamos testigos del renacimiento

50 Charles E. Callwell, *Small Wars: Their Principle and Practice*, Book Jungle, 2009. En el decenio de 2000 se descubrió, o redescubrió, el libro de David Galula sobre sus propias experiencias en el ejército francés: *Counterinsurgency Warfare: Theory and Practice*, Praeger, Westport, Connecticut, 1964.

51 Hay estudios detallados que demuestran que, en el período posterior a la Guerra Fría, la violencia contra los civiles se ha tornado explosiva, con una sucesión de ciclos altos y bajos. V. Kristine Eck y Lisa Hultman, “One-sided violence against civilians in war”, en *Journal of Peace Research*, vol. 44, n.º 2, marzo de 2007, pp. 233–246.

52 International Crisis Group, “Indonesia: Jihadi surprise in Aceh”, en *Asia Report*, n.º 189, abril de 2010.

de movimientos guerrilleros más convencionales, cuya densidad operacional suele ser muy superior y cuyas consecuencias en términos humanitarios son mucho más graves que las causadas por los atentados esporádicos, que son espectaculares y aborrecibles pero que causan muchas menos víctimas. A medida que cada período añade una nueva capa de conflictos de diversos grados de violencia a las de los períodos anteriores, es posible que se esté iniciando una nueva era de numerosos conflictos armados. Una vez más, sería aconsejable reflexionar seriamente sobre los mecanismos capaces de prevenir o, al menos, limitar esos conflictos futuros, que pueden ocasionar una nueva ola de desastres humanitarios. Como siempre, la raíz del problema se encuentra en las crecientes desigualdades económicas y, en particular, en la triste suerte de muchas minorías del mundo. Mientras que una región como Europa, que fue por largo tiempo la principal zona de conflictos del mundo, parece haber ingresado en una era de paz permanente, en otros lugares la guerra no está en peligro de extinción; tampoco lo están los grupos armados ansiosos por pelear, ni los fabricantes y vendedores de armas interesados en suministrar a esos grupos —y a sus oponentes— los medios para combatir. Para los Estados que han perdido el “monopolio” sobre el uso de la fuerza (o incluso la legitimidad), la respuesta tecnológica, una suerte de Santo Grial inalcanzable, sigue sin constituir una respuesta suficiente a las nuevas amenazas aunque, en términos de transmisión de imágenes y de precisión (sobre todo, gracias a los drones⁵³), algunas de las armas de tecnología avanzada ofrecen unas ventajas muy importantes. Sin embargo, debido a la intrínseca vulnerabilidad político-estratégica de los gobiernos, particularmente los democráticos, que provoca, a su vez, la vulnerabilidad táctica de sus ejércitos (por ejemplo, de los helicópteros⁵⁴), incluso sus armas más sofisticadas no logran desalentar a los guerrilleros del siglo XXI, quienes siguen encontrando grandes espacios territoriales y políticos donde ejercer su poder en y sobre el mundo. El temor de sentar un precedente que abra una nueva caja de Pandora también enfría el ardor de los ejércitos dotados de armas de avanzada: de allí la decisión de Washington de no emplear técnicas de guerra cibernética contra el coronel Gadafi en la primavera de 2011⁵⁵.

Hace tan sólo doscientos años, el gran Napoleón, que había puesto de rodillas a toda Europa, se mostró impotente para dominar a un puñado de guerrilleros españoles. El modelo napoleónico de la guerra clásica, con sus unidades de tiempo, espacio y lugar —una campaña prolongada que culmina en una gran batalla y en tratados de paz— ha quedado definitivamente superado. Mientras que la amenaza

53 Los informes sobre el impacto de los drones (aviones no tripulados), particularmente en Pakistán, son circunspectos. V. “L'utilisation de drones au Pakistan n'a pas d'effets sur la guerre”, en *Le Monde*, 26 de febrero de 2010, y *The Year of the Drone*, 2011, compilado por The New America Foundation, disponible en: <http://counterterrorism.newamerica.net/drones#2011> (consultado el 11 de noviembre de 2011).

54 Por ejemplo, el atentado cometido el 6 de agosto de 2011 contra un helicóptero Chinook estadounidense en pleno vuelo, con un saldo de 38 víctimas, en su mayoría miembros del cuerpo “Seal” de la marina estadounidense, fue el incidente más sangriento registrado desde el comienzo de la intervención de Estados Unidos en Afganistán.

55 V. Eric Schmitt y Thom Shanker, “U.S. weighted use of cyberattacks to weaken Libya”, en *New York Times*, 18 de octubre de 2011, p. A1.

terrorista y la propagación de las armas nucleares parecen estar controladas, la guerra de guerrillas, que adopta formas nuevas y que sigue esquemas taxonómicos inéditos, posiblemente se transforme en el tipo de conflicto armado más común en las próximas décadas, en consonancia con la actual tendencia. Y, no importa cómo se describa o se presente, la dinámica de la guerra de guerrillas gira sistemáticamente en torno a un eje fundamental que constituye el interés primordial del conflicto y que finalmente se transforma en su rehén: las poblaciones.